



**Mariangela Paone**

# **LAS CUATRO ESTACIONES DE ATENAS**

**Crónicas desde un país ahogado por su rescate**







# INTRODUCCIÓN

Cuando decidí viajar por primera vez a Grecia, Atenas vivía ya su quinto verano de crisis. Era julio de 2012. Quería ver de primera mano los efectos de la mayor recesión desde los años treinta en el primer país europeo obligado a seguir a rajatabla el régimen de austeridad impuesto por los acreedores internacionales, la troika de la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional.

No tenía ni idea de que Grecia se convertiría en una especie de fijación. Volví más veces. En otoño, cuando Angela Merkel acababa de viajar a Atenas y las calles volvieron a incendiarse mientras los neonazis de Aurora Dorada cementaban su base de apoyo electoral; en invierno, con su olor a humo de leña quemada, el olor de una pobreza nueva, de quien no tiene nada más para calentarse; y en primavera, para ver cómo en el transcurso de unos días la





retórica de los brotes verdes estallaba frente a la sede de la televisión pública, cerrada por decreto una noche de junio.

Cada viaje, intentaba fijarme en los cambios, en las evoluciones (más a menudo, involuciones) que se producían en cuestión de meses. Cada viaje, Grecia exigía más atención. Por dos razones: Grecia era un experimento para ver qué políticas podían ser replicadas en otros países; y, en cuanto a las consecuencias catastróficas de las políticas de austeridad, este país solo llevaba la delantera a otros países europeos. Así me lo repetían, una y otra vez, los atenienses cuando les explicaba que vivía en España. «Solo estamos un par de años por delante», decían con el tono de quien busca consuelo y también una disculpa. «No somos un caso excepcional», venían a decir en el fondo.

Publiqué varias crónicas y reportajes, en España principalmente en *El País*, en una época en la que aparecían en las redes sociales bulos informativos que hablaban de asaltos masivos a supermercados u otras tropelías que supuestamente expresaban la rabia del pueblo griego. Como si la dureza de la realidad –con situaciones de pobreza impensables hace tan solo unos años– no fuera suficiente.

Para mí ha sido la ocasión para intentar retratar el día a día de una población extenuada por la Gran Recesión, pero también para descubrir cómo, en medio de las ruinas, siempre surgen resistencias, personales y colectivas, que honran al género humano en una época en la que no siempre es fácil desmarcarse del individualismo y del cinismo.

No soy una experta de Grecia, quizá una aprendiz. Y este libro no pretende ser un relato exhaustivo de una realidad





tan compleja como la griega. He intentado dar forma a mi particular viaje de acercamiento a este país, y comprender el agujero en el que Europa se ha metido desde el comienzo de esta crisis.

Mientras escribo esta introducción y justifico, primero ante mí misma, la necesidad de escribir una narración que trascienda las crónicas que fui publicando entonces, no puedo dejar de pensar en los titulares que aparecen a diario en los periódicos. Sobre niños que participan en los campamentos de verano no por diversión, sino para poder comer en condiciones. Sobre las listas de espera que se alargan inexorablemente en una sanidad pública machacada por los recortes y una retórica de la eficiencia que aboga por mayores privatizaciones. Sobre ciudades que hacían gala de su limpieza, y donde ahora limpio es el corte a los presupuestos para el mantenimiento de sus calles y de sus servicios. Y así, un elenco que cada día se hace más y más largo. Son titulares que se refieren a España y no ya a Grecia. Y son el síntoma de que algo de razón tenían mis interlocutores griegos cuando me avisaban de que solo nos llevaban la delantera. Pero aquí no hay ningún *mal comune e mezzo gaudio*,<sup>1</sup> como dice un viejo refrán italiano.

Aquí solo se trata de entender hasta dónde hemos llegado tras un lustro de recesión y austeridad, hasta qué punto los beneficios del tratamiento de austeridad compensan los «efectos colaterales». Entender a través de las historias con la h minúscula, las que en los libros de Historia desapare-

<sup>1</sup> Literalmente: mal común, medio gozo.





cen en aras de los protagonistas oficiales; a través de los ojos de las comparsas que, a menudo en el teatro de la vida, son más interesantes que los actores principales.

Para evitar que, como dijo una amiga delante de una cerveza en una noche de otoño en un bar de Atenas, dentro de cincuenta años todo lo que ha pasado acabe resumido en estas dos líneas de un libro de Historia: desde 2008 Grecia vivió una larga recesión que sumió en la pobreza a un cuarto de su población.





## OTOÑO

En el pequeño hotel del número 39 de la calle Athinas no te piden ni la documentación. Además, es temporada baja y ofrecen descuentos. Con su mobiliario pasado de moda y su persistente olor a tabaco, el palacete de estilo neoclásico posee ese mismo aire de salón venido a menos, de viejo esplendor mantenido con respiración artificial que se percibe en toda la ciudad. Pero su ubicación, en medio de una de las vías más céntricas de la capital, lo convierte en un observatorio privilegiado. La calle Athinas, con sus apenas 800 metros que unen la plaza de Monastiraki con la de Omonia, es como un escaparate que concentra las dificultades que atraviesa el país.

En el cruce que desemboca en Monastiraki, con su atasco constante de taxis amarillos, motocicletas y tubos de escape fumigando las aceras, el tráfico de Atenas recuerda más al de una capital de Oriente Próximo que al de una ciudad europea.





Atenazada entre los coches, por un lado, y con el vaivén de los transeúntes, por otro, la pequeña iglesia ortodoxa Panagia Pantanassa –con formato de maqueta en miniatura– lucha por esquivar las pintadas que quedan tras el paso de las manifestaciones de protesta.

La plaza es el kilómetro cero del turismo ateniense, donde nace el entramado de callejuelas que asciende hasta la Acrópolis atravesando el barrio de Plaka. Pero no todo entra en la postal. Allí, clavado en los soportales de la salida del metro, cubierto con mantas incluso cuando hace calor, puede verse siempre a un sin techo de edad indefinida y larga barba blanca, ennegrecida por la suciedad. En el cruce se para también un hombre que vende rosquillas de pan con semillas de sésamo a 80 céntimos, que ayudan a pasar el rato y matar el hambre.

Me detengo a charlar con un grupo de jóvenes que salen de la sede de una empresa de telemarketing, aquellos *call centers* que, desde la primera década del nuevo milenio, se han convertido en un símbolo de la precariedad y de la flexibilización del mercado laboral. Los que trabajan aquí técnicamente no son parados. Escapan a los datos oficiales sobre el empleo y a la abultada cifra de paro juvenil, que en este octubre de 2012 es del 54% y llegará, un año más tarde, a superar el 60%. No son parados, pero su situación bordea el desempleo. «Trabajamos cuatro horas al día, veinte horas semanales. El sueldo es de 250 euros», explica Jon, un chico de 25 años, al salir de la empresa junto a su compañero Constantinos. Ambos estudiaron económicas, y su amigo, tres años mayor que él, llegó a cursar un máster.







Tienen cara de estar cansados y los ojos rojos. Dentro de la categoría de los teleoperadores ocupan el escalafón más bajo. Son los encargados de las llamadas *outbound*, que ofrecen servicios o promociones.

—Acabé la carrera, hice la mili y estuve un año sin encontrar trabajo. Pero me quiero quedar aquí y seguir buscando. Tres de mis amigos, médicos todos ellos, emigraron a Alemania y Suecia.

Jon y Constantinos viven con sus padres y han renunciado a independizarse. Si trabajaran a tiempo completo llegarían al salario mínimo, que, tras el hachazo de principios de 2012, se ha quedado en 580 euros brutos, una cifra que sigue bailando sobre la mesa de las negociaciones con la troika junto a las condiciones de despido y las indemnizaciones. Todo en nombre de la flexibilidad.

Stelios, a sus 36 años, ha aprendido a ser muy flexible. Hasta hace tres años regentaba con su hermano una tienda de informática en la que ofrecía servicios de asistencia. Ahora trabaja de conserje en la misma calle Athinas.

—Cerramos porque llegaron grandes empresas extranjeras y rebajaron tanto los precios que no éramos competitivos. Pero no me quejo. No es verdad que no haya trabajo. Si la gente quiere trabajar, lo encuentra.

—¿Y quien ha estudiado una carrera no tiene derecho a querer algo más?





—Sí, pero mientras tanto, mejor trabajar de lo que sea. Y, luego, la gente tiene que entender que antes de la crisis las plazas buenas también estaban reservadas para los amigos de los amigos.

Stelios no vota desde hace años. Y ya no acude a las protestas. No le gusta que luego todo acabe en la imagen de los enfrentamientos.

—La clave sería que todo el mundo dejara de ir a los bancos durante una semana. O que nadie votara en las próximas elecciones. Puede que si ven que nadie vota, los partidos empiecen a preocuparse.

Fuera del edificio donde trabaja Stelios, la vida sigue ajena a sus reflexiones políticas.

\* \* \*

Al otro lado de la calle, en las proximidades del Mercado Central, la gran lonja que es el corazón de la zona, hay un trájin de gente vendiendo lo que puede. Ajos, CD, ropa usada. Pero si hay un lugar en la calle Athinas donde se puede olvidar la crisis durante unos segundos, es este mercado. Lo primero que se escucha es el griterío constante de los pescaderos, con sus puestos ordenados uno detrás de otro e iluminados por lamparitas colgantes como si fueran árboles de navidad. Más allá están las carnicerías, muchas en manos de inmigrantes albaneses que gritan tan fuerte





como sus colegas y no escatiman en piropos para atraer a la clientela. Y luego están los puestos de accitunas, de quesos, de especias, de frutos secos.

Cuando se sale del embrujo de olores, la crisis reaparece en los detalles. Los cortes de carne expuestos no son los más preciados, hay mesas llenas de huesos y casquería, y en hora punta de un día normal no hay ninguna cola delante de ningún puesto. En las salidas del mercado, tanto en las que dan a la calle Athinas como a las vías aledañas, hay alguien pidiendo limosna en cada esquina.

En una de esas calles, un grupo de hombres gesticula y habla animadamente. El objeto de la pelea es la multa que le acaban de poner a un motorista por aparcar en la acera. «Le han sancionado con 80 euros por haberse parado cinco minutos», dice un señor que contempla la escena. Otro agente de la policía municipal ordena a una mujer en moto que se detenga y la multa con otros 80 euros. «La culpa no es de los agentes, es del alcalde. Quieren recaudar dinero», dice el mismo hombre. «Pero ¿si hay una ley que impide aparcar?». No deja que termine la pregunta y contesta: «Con todos los problemas que tenemos en Grecia, este no es el principal». El señor trabaja en una perfumería a pocos metros del lugar de la escena. Las ventas han bajado un 80% desde 2009. A él no le han rebajado el sueldo, pero da igual. «Vamos a ser los siguientes en cerrar», espeta.

En uno de los muros de la calle hay pegado un dibujo, que aparece también en otras vías del centro. Es una parodia del cartel que anunciaba el espectáculo *Alegría* del Circo del Sol, que actuó en Atenas en septiembre de 2012. El





dibujante retrató al primer ministro Samarás en la misma postura que la mujer vestida de ángel que aparece en el original. Debajo, una palabra: *anergia*. Desempleo, en griego.

En la acera, hay gente vendiendo ropa de segunda mano y todo tipo de baratijas. El señor de la perfumería no se descompones.

—Es normal. Pasaba también antes de la crisis. ¿Vosotros en España o en Italia no tenéis a gente en la calle? ¿No veis que la crisis es global? Lo que ha pasado es que mucho dinero se ha concentrado en muy pocas manos.

Lo que ha dejado de ser normal es la crispación que se respira en las calles, donde la rabia parece ser la única herramienta para enfrentarse a la resignación. Y la tensión, en una situación de nervios al límite, se transforma en violencia. Así, sucede que en una mañana cualquiera de otoño, a plena luz del sol, una mujer aparece, blandiendo un bate de béisbol, persiguiendo a un hombre al que acusa de haberle robado. Lo más impactante es que los que asisten a la riña parecen casi indiferentes.

«La violencia ha entrado a formar parte de los discursos cotidianos», me comentará pocas horas después una joven historiadora que estaba reunida junto a un grupo de amigos periodistas en un *pub* a pocos metros de Athinas. Los demás asienten. Y la conversación se desliza rápidamente sobre Aurora Dorada y sobre cómo grupos antifascistas han empezado a organizarse para contrarrestar los *raids* de los neonazis contra las tiendas de inmigrantes en el centro de





la ciudad. Desde hace algunas semanas se repiten las acciones de lo que llaman «patrullas», grupos de motoristas que desfilan por las calles dispuestos a enfrentarse con la extrema derecha. Es hablar de las patrullas y ver cómo las opiniones se dividen en el grupo de amigos. Yiannis, que trabaja en Chipre pero vuelve a menudo a Atenas, cree que estas acciones solo sirven para desencadenar una espiral aún más peligrosa. Pero otros coinciden en que, llegados a este extremo, no quedan opciones. Y hay quien habla abiertamente de guerra civil.

\* \* \*

A ambos lados de la calle Athinas, entre los bares de comida rápida y las franquicias, surgen viejas tiendas de ropa deportiva y militar, y de equipamiento de camping. En una de ellas los maniqués, vestidos con sudaderas y chándal, también muestran máscaras antigás, que han dejado de ser un artículo exótico en la Atenas de las mil manifestaciones. Las hay de todos los precios, de 5 y de hasta 100 euros. Solo hay que elegir la calidad del filtro. El dueño dice que se venden muy bien, sobre todo, las de 20 euros. En la última semana ha vendido treinta de este modelo, veinte de 45 euros y alguna pieza de las versiones más caras, las que cubren toda la cara.

Y ahí están las máscaras. Puntuales aparecen en esta enésima huelga general en Syntagma. Es el 18 de octubre de 2012, la quinta huelga general del año. La cuarta fue hace tan solo tres semanas y concluyó con más de cien de-





tenidos y unos cuantos contenedores de basura en llamas. Era la primera que sufría el primer ministro Antonis Samarás tras ganar las elecciones de junio y ocurría tan solo dos semanas antes de la visita de Angela Merkel, a quien Samarás recibió en el aeropuerto con grandes honores.

Merkel no había viajado a Grecia desde el comienzo de la gran crisis, confirmando la soledad del país tras pedir el rescate financiero. Un aislamiento diplomático que solo se rompió en verano de 2012, cuando el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Barroso, pisó finalmente Atenas en un gesto de apoyo hacia el Gobierno recién elegido. Gestos de cara a la galería, caricias que anhelan los políticos pero que dejan fría o irritan a una población hundida en el desánimo y harta de imposiciones. Por eso, mientras Samarás hacía los honores a la canciller alemana, miles de personas protestaban en las calles con pancartas de «*Frau Merkel get out*» y caricaturas que asociaban a la canciller con símbolos nazis; imágenes que luego aparecerían en la prensa germana, estableciendo un bucle de desconfianza e indignación mutua entre ambos pueblos.

Hubo choques con la policía, aunque menos violentos de lo que se temía, y Merkel abandonó Atenas tras dar una palmadita en el hombro a Samarás, pero sin ofrecer una garantía firme sobre la permanencia de Grecia en el euro.

En este escenario, esta nueva huelga vuelve a poner a prueba los nervios. Cada vez que hay una gran convocatoria, reaparece el recuerdo de los enfrentamientos de mayo de 2010, que se saldaron con tres muertos. No eran





personas que participaban en la protesta, sino empleados de una filial del banco Marfin de la calle Stadiou, donde a menudo acaban las marchas que atraviesan Syntagma. Todas las tiendas habían cerrado por miedo a los ataques, salvo el banco Marfin. Algunos manifestantes arrojaron cócteles molotov contra la puerta de la sucursal. La mayoría de los trabajadores lograron escapar, pero tres de ellos –un hombre y dos mujeres, una de ellas embarazada de cuatro meses– murieron asfixiados. En los testimonios del juicio que se abrió contra tres directivos del banco por negligencia, los testigos relataron que los empleados habían pedido, sin éxito, salir antes de la oficina por miedo a los disturbios. En primera instancia, en julio de 2013, los tres fueron condenados a un total de 25 años de cárcel. Nadie ha sido juzgado por el lanzamiento de los cócteles molotov.

Aun así, la memoria de aquellos enfrentamientos no es suficiente para frenar la rabia. Mientras en Bruselas se celebra la enésima cumbre de jefes de Estado y de Gobierno, más de 40000 personas marchan por las calles de la capital griega. Cuando ha pasado la mitad del cortejo de esta quinta huelga de 2012, cuando ya han desfilado el sindicato comunista Pame, los profesores con su pancarta en español de «No pasarán», los médicos, los simpatizantes de Syriza y los grupos del frente anarquista, aparecen los anti-disturbios para cerrar la calle de acceso a Syntagma por el lado del hotel Gran Bretagne, justo al comienzo de la calle Stadiou. En unos minutos se desencadena el caos y Atenas vuelve a vivir su eterno *déjà vu*, el tridente de cócteles





molotov, llamas de fuego y gases lacrimógenos. Quienes no se embadurnan la cara de Malox, el antiácido con el que muchos manifestantes han aprendido a protegerse del efecto urticante del gas, huyen a la desesperada. Por otro lado, tener la cara pintada de blanco, el color que deja el líquido al secarse, es una peligrosa tarjeta de visita que suele atraer las porras de los agentes.

—Cuando te vayas, lávate la cara. Mejor no andar por la ciudad así.

De repente se oye la sirena de una ambulancia. Más tarde se sabrá que, en medio de las carreras, un hombre se ha caído al suelo y no se ha vuelto a levantar. Era un marinero de 65 años, sin trabajo desde hace seis, que ha fallecido de un paro cardíaco. Un año antes, el 20 de octubre de 2011, había ocurrido lo mismo. En otra protesta masiva contra los recortes aprobados por el Gobierno, un sindicalista que participaba en la manifestación murió de un ataque de corazón. Entonces, también se celebraba una cumbre europea.

Es quizá una suerte que no se sepa de inmediato lo que ha ocurrido. El grueso de la manifestación se dispersa y solo quedan pequeños grupos aislados que siguen enfrentándose a la policía. En un rincón de la calle Stadiou, la misma en la que se encontraba la oficina del banco Marfin, Anne Yannikou contempla las cargas policiales. Con su chaqueta de algodón fino, Yannikou, una abogada de 30 años, se aleja de la típica imagen de los anarquistas que







lanzan piedras. Pero mientras observa a los últimos irreductibles, reflexiona en voz alta:

—Si solo es un pequeño grupo no vamos a ningún sitio. Si toda la gente que había antes —que era mucha— se plantase frente a la policía, obtendríamos mejores resultados.

—¿Y adónde nos llevan los enfrentamientos violentos?

—Me considero una persona educada, pero creo que ya no queda más que la violencia. Quiero tener un hijo e irme a vivir con mi novio. Pero todos los meses echamos cuentas y vemos que no tendríamos para subsistir. Nos están arrebatando nuestras vidas.

Desde Bruselas, el único mensaje llega ya de madrugada. Una escueta nota se limita a

«acoger  
con satisfacción  
la determinación del Gobierno  
de cumplir sus compromisos  
y apreciar  
los considerables esfuerzos  
realizados por el pueblo de Grecia».

\* \* \*

La mayoría de las naves de los astilleros de Perama están vacías. Los contenedores de basura rebosan restos que





se esparcen por los charcos de agua negra. La decadencia empezó en 2008, con la fuga de las empresas hacia puertos más apetecibles y baratos, en China o Turquía.

«Los empleados del Ayuntamiento están en huelga porque les pagan muy poco», explica el dueño de una oficina de coches señalando los cubos. La suciedad se acumula en finas capas, como la lluvia que baña Perama en este comienzo de otoño de 2012. Si hay un sitio que puede resumir los efectos de la crisis del país es este suburbio de 25 000 habitantes en el Pireo, a unos 15 kilómetros de Atenas. El desempleo ronda el 60%, más del doble de la ya insostenible media nacional. Un agujero negro donde se concentran las contradicciones de un país en el que las navieras apenas pagan impuestos y los obreros que se quedan sin trabajo durante más de un año pierden la cobertura sanitaria, como todos los desempleados de larga duración.

A la entrada del puerto, la carcasa oxidada de un barco es el marco perfecto de un paisaje espectral. Los muelles están vacíos y un grupo de perros vagabundos vigilan las oficinas silenciosas.

—Esto es no tener vida. Estamos muertos. Muertos. Soy un muerto.

Yon Karvanis tiene 43 años y dos hijos. Construía barcos, pero ahora está en el paro. Junto a Evas, otro ex obrero de 50 años, aguarda bajo la lona de plástico que cubre la entrada de un viejo bar. Esperan a que alguien pase para ofrecerles un puñado de horas de trabajo. «En negro. Hoy,





aquí; mañana, en otro sitio», dice Evas en inglés. Es él quien traduce, Yon no habla más que en griego. No quería traducir la frase que su amigo acababa de decir. Pero él insistía: «Díselo. Estamos muertos».

Yon quería que sus hijos aprendieran inglés. «Pero ahora no hay trabajo y no hay dinero ni para comprar comida. ¿Cómo hacemos con el inglés?», explica. Cuenta que en el instituto al que va su hijo de 14 años, dos chicas se desmayaron por no haber comido lo suficiente. El hijo de unos vecinos no tiene nada para comer. «En la casa de este niño no tienen ni electricidad. Mi mujer le preparó un bocadillo y se lo mandó con mi hijo. Se conocen desde que eran pequeños, son amigos», dice mientras su mano corta el aire a la altura de sus caderas para indicar a los dos «enanitos».

«El problema aquí es que ya no se construyen barcos. Las navieras prefieren ir a China, a Turquía. Y cuando tienen que reparar algo vienen aquí porque el trabajo se sabe hacer mejor», comenta Evas antes de irse al sindicato de los trabajadores de los astilleros. Las gafas redondas dan un aire aún más bonachón a un rostro en el que el cansancio de la espera ha excavado pequeñas arrugas.

Yon, esbelto, con brazos fuertes y grandes manos que salen de una sudadera gris, es un gigantón que, a pesar de la dureza de sus palabras, no escatima sonrisas mientras se ofrece para acompañar al visitante hasta una nave en la que, según dice, hay algo que merece la pena ver. Está a unos pasos del bar y justo antes de la explanada de un muelle desde donde se abraza con la mirada todo el puerto. Un grupo de artistas locales y los mismos obreros han





montado una exposición. El tema son ellos mismos. Un barco en medio de las olas en una tormenta. Un hombre solo en un muelle... En el centro de la nave, una instalación muestra unas figuras humanas encorvadas, envueltas en unas telas rústicas y ligadas por unas cuerdas, como en una procesión de monjes o de esclavos.

Fuera, los perros siguen pascándose por los barcos inmóviles. Hace un par de años vivía aquí un grupo de sin techo. «Ya no están. Murieron. No eran mayores, pero, sabes, es la vida que tenían...», cuenta Yon. En la entrada que lleva a los muelles hay un monumento dedicado a un obrero que murió en un incidente en el puerto. Muerto por el trabajo. Como se siente Yon, que no tiene trabajo.

\* \* \*

No muy lejos del puerto, en la parte alta de Perama, Médicos del Mundo abrió en 2010, cuando ya estaba claro que la crisis había llegado para quedarse, una nueva sede. Es como un pequeño centro de salud donde hay varias especialidades y, sobre todo, no se niega ayuda a nadie. Griego o extranjero, tenga o no cobertura sanitaria. Aquí trabajan cinco personas de forma permanente, a los que se suman los voluntarios que se turnan para no dejar ninguna necesidad sin atender. Hay pediatras, ginecólogos, ortopedistas... Una de las salas es la farmacia, un pequeño tesoro en un país donde a muchos el dinero no les alcanza ni para pagar los 5 euros que cuesta la consulta médica en la red de sanidad pública. En otra pequeña estancia, que es también

